

hace sonar sus espuelas, una corte en cuyo trono pudiera sentarse el rey de Tunia, una Bolsa en la que se crean fortunas en ocho días, floristas que arrojan ramilletes a los soldados, sacerdotes, jueces, lacayos, que bailan sobre sacos de oro una danza macabra; la banca postrada de hinojos arengando al sable, pirámides de balas apiladas en los arsenales, Senado, sermones a falta de periódicos, generales con dorados brillantes, un París que se restaura por completo, coches tirados por ocho caballos, que entran con estruendo en el Louvre; fiestas todos los días, bailes todas las noches, iluminaciones, juegos y espectáculos; en una palabra, te has prostituido a ese hombre miserable.

Todas tus conquistas te cayeron de las manos: se dice ya «los antiguos franceses», como se dice «los antiguos romanos», y esto hace enrojecer de vergüenza a tus hijos actuales; el mundo se complacía con tu gloria, y te pide cuentas de ella, porque le era muy grato que le despertara el sonido de tus clarines; contemplas con miradas estúpidas a ese Nerón rodeado de sus Romieux, disfrazados de Sénecas; escuchas complacido los cantos de esa colección de obispos, que mientras el César pasa revista a su harén, entonan el *Salvum fac imperatorem* (por la de bribón debieran substituir esta última frase).

—Tu alma se queda humilde, como un perro bajo el pie que le aplasta; tu Noventa y Tres recibe a cada momento latigazos del expatriado que ayer era ludibrio de Europa. Dilapidas tus propios recuerdos y la Marsellesa se ha helado en tus labios. Tu Campo de Marte sufre la presencia de vencedores repugnantes, de esos Maupas, Fortouls, Bertrands, Magnáns, esos matones que

llevan el tricornio de través; ya Kortá y a Carrelet y a Canrobert Macaire. Ya no eres nada; ni siquiera recuerdas en tu lúgubre olvido qué nación derribó la Bastilla. Todos los domingos vas a la Courtille, riendo, a saltar, a beber, perdido ya todo sentido moral, como una prostituta ebria, a echarte en brazos de un cabo, que te abofetea. Y al regresar por el bulevar sombrío, donde los cadáveres reunieron tantos cuervos.

Está bien; rebájate más aún; esto me regocija, porque nos promete un gran desquite; porque tú, Francia, ascenderás tanto en grandeza cuanto más te rebajes ahora. El porvenir necesita de gigantesco esfuerzo. Entretanto arrastra el horrible carro de ese sátiro ebrio, tú, que has conducido las cuadradas de las victorias, que yo te aplaudo. Estás condenada a realizar profugios, y el mundo te verá salir de repente cuando llegue la hora y alcanzar un desquite proporcionado a la abyección, y saldrás, patria mía, cambiando bruscamente de forma con extraordinario arranque, porque tal es la ley del progreso humano. Retrocede, pues descendiendo, cae, besa los pies de tu señor y de sus criados; besa a Troplong, lamé a Baroche; desciende más, que ya acerca el día; desciende más, que ya se aproxima la hora.

Esto me regocija, porque abrigo fe en tu porvenir, que comprendo que ha de llegar el instante en que digas con firmeza: —«¡Basta!» Todo pasa a través de ti como al través de una criba pero te despertarás muy pronto, pálido y terrible, y súbitamente serás soberbio. Del imperio abyecto sacudiéndose el cieno, deslumbrará el mundo; las diademas de oro se derri-

rán en la frente de los reyes, y el Papa, arrancándose la tiara y arrojando el pectoral, se esconderá temblando bajo el púlpito, y Themis, con los brazos llenos de sangre, huirá durante la noche y se ocultará en las tinieblas; los ojos de la

humanidad se llenarán de luz; todos los oprimidos, levantando la frente, se verán vencedores, libres y radiantes en cuanto vean que sacudes tu ignominia a los cuatro vientos del espacio.

Jersey, septiembre de 1853.

LIBRO SEPTIMO

LOS SALVADORES SERÁN VENCIDOS

I

Sonad, sonad siempre, clarines del pensamiento.

Cuando Josué, visionario, con la vista fija en el cielo, seguido por los suyos, caminaba, y como irritado profeta hacía sonar el clarín en torno de la ciudad, el primer toque hizo reír al rey; el segundo, sin dejar de reír, le obligó a preguntarle: —«¿Crees derribar mi ciudad con el soplo de ese instrumento?» Cuando sonó el tercer toque, el Arca iba delante; después las trompetas, luego todo el ejército en marcha, y los muchachos iban a lanzar salivazos al Arca, y soplando con su trompa imitaban al clarín. Al cuarto toque, desafiando a los hijos de Aarón, las mujeres se sentaban en las musgosas almohadillas, y mientras hilaban el copo de lana, se burlaban de los hebreos y les arrojaban piedras. Al quinto toque llegaron a aquellas murallas los ciegos y los cojos y silbaron a los clarines, cuyo eco resonaba en el espacio. Al sexto toque, a la torre de granito, tan alta que en su cima las águilas hacían nido y tan dura que en ellas no podía hacer mella

el rayo, subió el rey, y mofándose, exclamó: — «Los hebreos son excelentes músicos.» Y en torno del rey chancero se burlaban los ancianos que por la noche tomaban asiento en el templo y deliberaban.

Al séptimo toque... las murallas fueron demolidas.

Jersey, 19 de marzo de 1853.

II

EL RETROCESO

I

Yo me decía: Estos soldados están cabizbajos y él sin duda procurará evitarlo: el pueblo ama el combate, y cuando oye toques bélicos, Francia canta y aplaude. La guerra es una púrpura que encubre bien al asesinato; su lema es: *quos ego!* Quizás algún día veamos salir por escotillón un Marenango de su crimen. Necesita cubrir de gloria a los que llenó de vergüenza y terror. Necesita que, volviendo vencedor, desfilen los soldados ante su pretorio, procurando ocultar a la historia su argolla y ajustar su banquillo de

acusado al antiguo carro de triunfo en que subió el gran emperador.

Querrá ser César, aniquilar, disolver los antiguos Estados desquiciados y mostrarse impasible al universo lanzando rayos con las manos que fabricaron llaves falsas. Hará estallar la máquina del mundo antiguo; querrá vencer y sobresalir, vengándose de los recuerdos horribles de Hudsón-Lowe, de Blücher, de Wellington y de Rostopschine. Las circunstancias son propicias y sabrá aprovecharlas. Mandando quinientos mil hombres no puede permanecer siempre en el oprobio, sin dejarlos encorvados bajo su afrenta; necesita proporcionarles las brillantes proezas de ayer; la jauría guerrera necesita alcanzar laureles; los soldados que padecen del sarpullido del 2 de diciembre, no pueden siempre, como perros miserables, roer el bulevar de Montmartre, cuando sus padres royeron un Austerlitz.

II

Pues bien, soñaba; mi ilusión se disipó. La gloria fué un delirio, un vapor. ¡Qué horrible despertar, soldados! El imperio es la fuga, el imperio es el miedo. El Mandrín de la paz es un ser de instintos pacíficos; ese Schindermannes teme los golpes. Soldados, por ese poltrón fuisteis parricidas, y él es cobarde para vosotros; vuestra gloria pereció bajo este horroroso incubo de manos de cieno y de corazón de bronce. ¡Temblad! El czar marcha sobre el Danubio y vosotros no marcháis sobre el Rhin.

III

¡Pobres infantes, pobres soldados de nuestra Francia! ¡Pobre ejército de ojos empañados! Adiós, campamentos;

adiós, tiendas de campaña; perded toda esperanza, porque todo eso acabó; no lavaréis combatiendo el crimen que os ensangrienta; ese crimen fué un lazo para nosotros y para vosotros es el abismo. Cartouche reina, y con esto está dicho todo. Os ha sometido el 2 de diciembre, hordas engañadas, que sólo sois ya un rebaño. Esconded las manos y las espaldas y ocultad bajo vuestras banderas las manchas que llenan de horror a vuestras familias y que hacen sonreír a Dracón. Conservad el luto, conservad la sangre, conservad el cielo; no; vuestro amo odia el peligro y os hace retroceder; conservad en las mejillas el bofetón que os dió mano extranjera. El enano ha rebajado vuestra talla hasta su estatura; únicamente es audaz para robar. Dad un adiós a la gran guerra y a las grandes batallas, a Wagram y a Lodi. Es necesario que marchéis detrás de su crimen, que vuestras almas han caído prisioneras en la liga, y en el sucesivo sólo tendréis por bandera el mandil de ese carnicero. Renunciad a las batallas, renunciad al nombre de Grande Ejército, renunciad al antiguo orgullo de la bandera tricolor, renunciad al himno brillante de la victoria, a las mujeres os arrojen flores a vuestro paso, al incienso y a los arcos de triunfo, bajo los que os saludaban las sombras de los antiguos héroes. Contentaos con que los sacerdotes canten el *Te Deum* en el matadero. En vano tratéis de conquistar la palma expiatoria; la palma de nuevas hazañas; no veréis a la victoria dorar las crines de vuestros caballos.

IV

La epopeya acaba al empezar. Al bal ha tomado un calmante; la Europa queda sorprendida y recibe con silbidos

el inmenso aborto. El sobrino se escapa por la puerta secreta; ese espada-chín, ese perdonavidas, ese máscara bigotudo, con la cabeza baja, lúgubre y castigada, desaparece entre los silbidos, por entre bastidores, como un artista de Franconi. Ese histrión no tiene más talento que el arte del crimen, y le sientan mucho mejor las noches de San Bartolomé que las batallas de Aboukir y de Frierland. Sonad, clarines; redoblad, tambores; el gran sable no se atreve a ostentarse a la claridad del día; el fanfarrón balbucea y desaparece; la escuadra entra en el puerto y el águila en el gallinero.

V

Todos los capitanes que brillan en el Louvre y que forman su séquito exclaman:—«Devoremos a Francia y al pueblo en familia.» Forey añade:—«Cuidaos mucho, majestad.» Reybel vocifera:—«¡Rayos y truenos! Permanezcamos quietos. El czar hace manobrar a su Guardia... Es arriesgado jugar con fuego.» Espinasse añade:—«César, tened mucho tacto, que los calmucoos no son mancos.» Leroy replica:—«Ceñid vuestras sienes con el laurel del 2 de Diciembre, príncipe, y mantened los pies calientes.» Magnán exclama:—«Bebamos y gocemos, señor, que las ilusiones sólo son ilusiones.» Y el león negro de Waterloo sonríese en la sombría llanura.

Jersey, julio de 1853.

III

EL CAZADOR NEGRO

—¿Quién eres, viajero? ¿No te infunde pavor el bosque solitario, los cuervos que van volando, ni el tiempo ame-

nazador?—No; estoy acostumbrado a la obscuridad; soy el cazador negro.

*
* *

El viento agita los árboles del bosque; un aquelarre nocturno parece que con sus silbidos llena todos los ámbitos de la selva, y en un rasgón, entre las nubes, aparece la luna.

*
* *

Caza cervatillas, caza gamos, corre por el bosque, corre por los baldíos, caza al czar, caza al Austria, cazador negro.

*
* *

Toca el cuerno, caza a los ciervos que vienen a pacer; caza al rey, caza al sacerdote, negro cazador.

*
* *

Truena, llueve torrencialmente, huye la zorra sin refugio y sin esperanza; caza al espía, caza al juez, cazador negro.

*
* *

Todos los demonios de San Antonio saltan por la loca avena sin conmoverte; caza al clérigo, caza al monje, cazador negro.

*
* *

Caza al oso, si no se te escapa; caza al jabalí; cumple con tu deber; caza al César, caza al Papa, cazador negro.

*
* *

El lobo huye de tu senda ; que le persiga tu jauría, córrele ; caza al bandido Bonaparte, cazador negro.

*
* *

El viento agita los árboles del bosque ; un aquelarre nocturno parece que con sus silbidos llene todos los ámbitos de la selva ; el claro canto del gallo llega hasta las nubes ; el alba aparece.

*
* *

Todo recobra su antigua fuerza y vuelves a ser la altiva y hermosa Francia, el ángel blanco vestido de luz, cazador negro.

*
* *

El viento agita los árboles del bosque ; un aquelarre nocturno parece que con sus silbidos llene todos los ámbitos de la selva ; el claro canto del gallo llega hasta las nubes ; el alba aparece.

Jersey, septiembre de 1853.

IV

LA CLOACA DE ROMA

He aquí la trampa, he aquí la escala ; bajad. Mientras, en el cuerpo de guardia de enfrente se juega a los dados y se ríen en las narices de las matronas antojadizas, dejando que aturda en las

calles la ronca voz del pregonero que publica el último trance del Humida del Dacio ; entretanto, agrupados en la delantera de las tiendas de madera los zapateros remendones romanos y los vendedores de hierbas milagrosas, comentan los proverbios de la Minería etrusca ; bajad.

Os hallaréis en seguida en un sitio monstruoso, infierno de obscuridad y de fango, de pórticos tortuosos, cuyas paredes tienen lepra, y por sobre cuyas pústulas se deslizan los escorpiones mezclados con las tarántulas.

Por encima de este techo fangoso, arriba, en el circo inmenso, lleno de juegos variados, sobre empedrados sabinos, formados de losas centenarias, ruedan los carros, el estruendo, los vientos y los truenos ; el pueblo ruge y ruge en el Foro sagrado ; el navío *Ostia* está anclado en el puerto ; el arco triunfal brilla, y en su límite agrario mamar desnudos y gloriosos, los hermanos Remo y Rómulo, lobeznos de la loba de bronce ; muy cerca, el río Tíber hace fluir sus ondas serenas, desarrollándose como ancha cinta de plata, y en él van a abreviar la vaca y los búfalos.

El espantoso subterráneo se extiende en todas direcciones ; de vez en cuando abre, bajo los pies de los transeúntes sus respiraderos inmundos ; esa cueva se convierte en río en época de lluvias ; hacia el mediodía los barrotes de hierro de los respiraderos reflejan los rayos del sol, y la pared asemeja el dorso de las cebras : el resto del abismo permanece envuelto en la obscuridad. En varios puntos se ve el empedrado, como en casa de los matarifes, lleno de sangre que la producen los sudores de las paredes. El olvido, la peste y la noche tienen su asiento. Los ratones se cubren persiguiendo a los topos ; las cul-

bras serpentean por las paredes como cantan, ocultando con flores su llaga dolúgubres resplandores ; los cascotes de vajillas, los andrajos, los pilares con pies verdinegros, los reptiles dejando la huella de su baba, las telarañas pendientes de los maderos, los charcos semejando horrorosos espejos, en los que nadan no sé qué seres torpes y negros, forman horrible hormigueo en las tinieblas. La antigua hidra del caos trepa por todos aquellos escombros, llenos de animales acurrucados y comiendo ; el horror aquel antro, y todas las impurezas de la creación desembocan y se sebrillar sus mosaicos en la negra cloaca. El olor repugnante de aquel abismo haría correr al hombre más estoico. Todo el pavimento está lleno de grietas y de hendeduras pestilentes ; los murciélagos vuelan en todas direcciones. En aquella neblina y dentro de aquellos subterráneos parece que se oiga refunfuñar a Atropos. Los pies sienten, al andar por allí, que tocan el dorso de los sapos, el agua rezuma gota a gota, y de vez en vez alguna escalera sumerge sus escalones en el vacío. Todo allí es pestilencial, informe, abyecto y repugnante. El osario, el matadero, la horca, el lavadero, los rancios perfumes encerrados en redomas persas, el vaciado aguamanil de las ramerías, el agua lustral arrojada a los pies de las falsas deidades, la sangre de los confesores y la de los gladiadores, las lujurias más repugnantes, el caldero vertido de las negras Canidias, lo que Trimación vomita por el camino, todos los vicios de Roma, cloaca de la humanidad, pasan como por una criba al través de aquella bóveda, y toda la inmundicia del mundo se filtra allí gota a gota.

Por encima de la cloaca vive la ciudad, tiñéndose los labios de púrpura, con la corona de hiedra ceñida a las sienes y con la copa en la mano ; el pueblo

cantan, ocultando con flores su llaga dolorosa, y allí es donde la úlcera supura, allí es donde está la cloaca más espantosa y más vil. Roma entera, con todo su pasado, alegre, soberana, esclava y criminal, se sumerge en esa cloaca de fango eterno y sin fondo. En aquel lóbrego recinto, siempre abierto, va a caer toda la inmundicia ; la vieja trapera va a vaciar allí su cesto y el universo vacía allí el Imperio. Llena el horror aquel antro, y todas las impurezas de la creación desembocan y se sebrillar en aquel sombrío abismo. A veces en su fondo se vislumbra algo espantoso que en otro tiempo estuvo vivo : mandíbulas, ojos, vientres, entrañas, esqueletos que cubren las paredes ; el que se aproxima y fija algún tiempo la mirada en aquel montón monstruoso, enterrado en el lodo y arrojado allí por una abertura, no puede distinguir si aquellos cuerpos podridos, que no han perdido aún su forma visible, han pertenecido a perros reventados o a Césares podridos.

Jersey, 30 de abril de 1853.

V

Era el mes de junio ; me hallaba en Bruselas y me preguntaron :—«¿Sabéis lo que está haciendo ese forajido?» No lo sabía, y me refirieron el asesinato jurídico de Charlet, que pereció en la plaza pública ; de Cirasse, de Cuisinier y de todos los desdichados que ese hombre arrastró al suplicio y que con sus propias manos ató a la báscula el salvador, el triunfador, el héroe. Dios hace brotar de la tierra las mieses, los frutos maduros, las rosas, las abejas, los robles y los laureles, y tú haces brotar la guillotina.

Eres un príncipe al que ninguno de los que no te votaron quisiera encontrar una noche en la soledad de un bosque.

Mi frente ardía; me paseé por la ciudad y todo en ella me pareció sombrío y lleno de guerra civil. Los transeúntes parecíanme espectros horrorizados, y salí de la ciudad y me interné por los campos. La naturaleza no logró devolverme la calma; la brisa, la llanura, las flores, todo me irritaba; me estremecía la naturaleza por vivir en ella ese malvado. Sin conseguir tranquilizarme anduve más de una legua. Apareció la noche triste; las tinieblas iban extendiendo su manto a mi alrededor y al fin la luna apareció sangrienta, y de los cielos, cubiertos de luto, vi caer una cabeza separada de su tronco.

Jersey, mayo de 1853.

VI

CANCIÓN

Su grandeza deslumbró a la historia; durante quince años fué el Dios que arrastró tras sí a la victoria e impuso a la Europa su ley marcial. Tú vas en pos de él, tú le imitas, eres su mono.

*
**

Napoleón en el combate, grave y sereno, guiaba al través de la metralla el águila de bronce. Pudo entrar en el puente de Arcole y pudo salir.—Aquí tienes oro; ven, tómallo y huye, que eso es lo que ambicionas.

*
**

Berlín y Viena eran sus amantes; él las forzó, y se apoderó de sus fortalezas; sus triunfos y sus hazañas asombran.—Aquí tienes esas meretrices; son para ti, que eso es lo que ambicionas.

*
**

Escaló montes y cruzó llanuras, llevando en la mano la palma, el rayo y las riendas de la humanidad; la embriaguez de su gloria resonó en todo el mundo.—Aquí tienes sangre; ven a beber, que eso es lo que ambicionas.

*
**

El mar abrió su abismo para que en él cayera; en él se sumergió, desapareciendo con grandeza.—Tú te ahogabas en el cieno, que eso es lo que ambicionas.

Jersey, septiembre de 1853.

VII

PATRIA

Música de Beethoven

¿Quién suspira allá arriba? ¿Es el espíritu? ¿Es una mujer? Mira su hermosa frente, postrada de rodillas, por el viento. ¿Es nuestra alma que vuelve a nosotros?

*
**

Su enlutada figura se nos aparece y nuestro antiguo orgullo sale del sepulcro; sus miradas incitantes y vencedoras despiertan todos los corazones y arranca cánticos.

*
**

Es el ángel del día, es la esperanza, es el amor de los hombres que piensan, es el resplandor de un mundo mejor; se llama Francia, se llama Verdad.

*
**

Ángel precioso, cuando descendes y miras en el espejo el poder vil que te ofrecen, dices al mundo:—«Pueblo, forma tus batallones», y el mundo, entusiasmado, te contesta:—«Los formaré.»

*
**

Es el ángel de la media noche que sigue a los reyes, y que registra de antemano en el cielo su momento fatal; se llama Francia, se llama Castigo.

*
**

Así como vemos volar los alciones en el mes de mayo en pos de sus rayos, volad, naciones; sus brazos, que se dirigen al firmamento, cierran el pasado y las puertas de hierro del negro infierno.

*
**

Es el ángel de Dios, y en los espacios azules sus inmensas alas extendidas cubren amorosamente a toda la humanidad. Se llama Francia, se llama Libertad.

Jersey, septiembre de 1853.

VIII

LA CARAVANA

I

Por la tierra, ya cruzando un arenal, ya inmensa sabana, unos tras otros en larga caravana, cambiando sus pensamientos por confusos rumores; llevando consigo leyes, hechos y costumbres, los espíritus son viajeros eternos que jamás se detienen en su marcha. Unos llevan la bandera, otros el Arca; su santa peregrinación se llama Progreso. De vez en cuando hacen un alto, pensativos, soñadores y fatigados; y emprenden en seguida el camino. Se llaman unos a otros y se ayudan. Siguen caminando. En su marcha trasponen llanura tras llanura, montaña tras montaña, horizonte tras horizonte. Adelantan siempre y nunca llegan. A cada etapa les sale un guía al encuentro; cuando desaparece Juan Huss, aparece Lutero meditabundo; Lutero se va, y entonces Voltaire toma la antorcha; a Voltaire sucede Mirabeau. Llenos de esperanza, sondean y exploran una tierra desconocida; a cada paso que avanzan va disipándose la bruma; caminan sin apartar un instante los ojos del término del viaje ni del asilo adonde se

dirigen, que es un punto luminoso que se distingue en el fondo de la llanura sin confines; la Libertad sagrada, fulgurante en lontananza; la Paz en el trabajo, el Himeneo universal, el Ideal; esas son sus aspiraciones, ésa es la Mecca de la humanidad.

Cuanto más avanzan, más les impulsa y exalta la Fe.

Llegan para ellos, no obstante, ciertos momentos, cuando hacen alto por estar rendidos o por ver extinguirse la luz del día, que necesitan reposar y dormir; y en esos instantes el Mal, adquiriendo todas las formas, ya de ave de mal agüero, ya de miserable reptil, ya de monstruo, quimera, preocupación o mentira, sorprende a la caravana acampada o adormecida, y abandonando entonces la obscuridad, trata de volver a apoderarse de aquellos espíritus que se le escapan.

II

Declina el día; llega la caravana a la cima de alguna árida montaña que rodea inmensa soledad, y en la que ni un árbol, ni una peña, ni un abrojo interrumpe la monotonía de su lúgubre horizonte. A la primera luz de las estrellas clavan las estacas en el suelo y montan las tiendas, encendiendo hogueras en el campamento. Es ya de noche. Viajeros fatigados, ¡dormid!

Pero no, ¡velad!, porque en nuestro derredor todo se despierta. Poneos en pie y aguzad el oído. Ved a la claridad zodiacal aparecer el gavilán gris, el mono obscuro, el chacal, los topos, las comadrejas, las garduñas, todos los visitadores nocturnos de las tiendas de los beduinos; la hiena de paso oblicuo, que amenaza y que huye; el tigre de crá-

neo aplastado y de pésimo instinto, cuya ferocidad se parece a la alegría; las aves de rapiña y las fieras; todos estos animales, que, al ver fuego, lanzan extraños rugidos y avanzan hacia el desierto cien partes a un tiempo. En la obscuridad, y como bandidos merodeadores, esos forajidos de la naturaleza dan vueltas a vuestro alrededor. Las llamas de

las hogueras se reflejan en las pupilas de los leopardos, y en el hormigueo terrible de esas fieras se ven por todas partes ojos encendidos vagar por la obscuridad. La soledad se llena de aullidos fúnebres; de las piedras, de los fosos de las hondonadas, de todas partes surge un ruido feroz y monstruoso. Cuando los pasos humanos resuenan en esas llanuras durante la obscuridad de la noche, los pobladores terribles del desierto acogen al hombre con gritos y rugidos. En aquel caos de fuertes y débiles, donde cada cual trata de saciar su inundo apetito, unos chillan, otros ríen, éstos aullan, aquéllos ladran y los demás gruñen. Los viajeros, sobrecojos de espanto, invocan, o a su protector musulmán o a su patrón cristiano.

De pronto cesa el ruido y reina un pulcral silencio.

El espantoso tumulto calla; las garras y los estertores se apagan como las velas que apaga la agonía, como si por un milagro o por encantamiento Dios hubiese llevado de repente a todos los zorros, monos, buitres, tigres y panteras. Reina profundo silencio.

El desierto queda mudo y solitario; la vista sólo abarca bajo del cielo un espacio sin límites.

De pronto, y en medio del silencio, oye largo y formidable rugido. Es el león.

III

Llega, aparece el rey salvaje de las profundidades mudas.

Acaba de despertarse, no como el lobo melancólico que olfatea el ganado, no como el jaguar que va a las playas a husmear si la borrasca ha arrojado cadáveres, no como el chacal furtivo que durante la noche desentierra los muertos en los campamentos después de las batallas, sino para caminar en medio de las tinieblas y a la claridad de las estrellas; porque el azul constelado le agrada, porque Dios hace que el águila contemple al sol y el león a las estrellas. Llega, cruzando las brumas del crepúsculo, con paso silencioso, tranquilo y satisfecho, aspirando el aire puro que le falta en su antro, y con golpes desiguales la cola le bate el vientre, y el que siente que se le acerca en la obscuridad, no le ve venir. Las palmeras, temblando como brizna de hierba, se estremecen; y apacible, magnífico y arrogante, llega siempre por el mismo camino a la hora en que el astro Venus declina en Occidente.

Cuando entra en la colina, dejando las huellas de sus garras en la arena movediza, antes que el ojo humano vea extinguirse en el horizonte su vaga silueta, antes de que avance en la llanura, todo calla; sólo se oye su potente aliento, que basta para que se estremezca y tiemble la naturaleza entera y para que enmudezcan todas las voces sombrías que aullaban.

IV

Cuando levantando la losa de tu antro y cansado del largo sueño que te oprime, ¡oh, pueblo! abras los ojos a

la claridad y te despiertes tranquilo; el día en que nuestros innumerables tiranos se den cuenta de que el que se remueve en la obscuridad es el león, eres tú, pueblo; ese día el grupo miserable en el que Falstaff se junta con Loyola; en el que esos advenedizos sin honradez, que arrastran sotanas o sables, el general Soufflard, el juez Bacadáveres, no como el chacal furtivo que rezan con rosarios cuyas cuentas son balas; los Mingrats, que bendicen a los Heliogábalos; los Veuillots, que hace poco erraban sin fuego y sin hogar y que antes de ser proclamados santos arrastraban en los garitos los harapos de su estilo y los agujeros de sus botas; los Troplongs, los Rouher, conculcadores de las Constituciones, estafadores que hacen con las leyes lo que harían con una baraja; los devotos, los vividores, todo ese conjunto monstruoso de bribones y de miserables, desde el amo hasta el lacayo, desde el bandolero hasta el ratero, todos ellos callarán de repente cuando oigan, pueblo, tu respiración, y desaparecerán con la rapidez del rayo. Ocultos, desmayados, perdidos en la obscura noche, antes de percibirte, desaparecerán y tu voz solemne y elocuente, tronando, llegará hasta el cielo.

Jersey, junio de 1853.

IX

Era de noche; llovía; la marea estaba alta y una niebla espesísima y gris cubría toda la costa. Las vertientes ladraban como perros; las olas unían sus gemidos al llanto del cielo; el infinito sacudía y mezclaba en su urna las sombras tumultuosas del abismo nocturno; las bocas de la noche parecía que rugían

en los aires. Oíase en el mar el cañón de alarma, y marineros amenazados de inminente naufragio pedían socorro. En medio de la tempestad, en la que una ráfaga sucede a otra, algún barco perdido lanzaba sus postreros gritos, viéndose sin piloto, sin mástil, sin áncora y sin refugio. Avancé hacia el buque. Pasó por mi lado una vieja llena de terror, que me dijo:—«Ha naufragado una embarcación.» Corrí a la playa y sólo vi en ella un sudario de neblina, de tinieblas y de horror; estaba yo allí solo; el oleaje, levantando su cabeza del abismo, comenzó a rugir furiosamente contra mí, como queriendo alejar un testigo de su crimen.

¿Qué pretendes, pues, Dios celoso, Dios de las ruinas, de los abismos y de las tempestades, que no satisfecho aún de causar tan grandes naufragios, ni de sumergir a fuertes, ni a poderosos, quieres engullir también a los pequeños, y después de haber sepultado a Francia, necesitas aún sepultar esa embarcación?

Jersey, abril de 1853.

X

I

Sería error creer que estas cosas acaben en cantos y en apoteosis; seguramente llegará la hora del castigo: los decretos del Altísimo ni retroceden ni engañan. Los días terribles del castigo serán días sublimes. Tú, pueblo generoso, harás que esos hombres expíen sus crímenes por medio de la ley, sin emplear la espada, sin derramar una gota de sangre, sin perdón, pero sin furor, sin cólera. No hagas caer un solo cabello de ninguna cabeza, ni salir un

gemido de ninguna boca martirizada, que ni un solo malvado encuentre un asesino. Los tiempos están ya cumplidos; la pena de muerte ya no existe; hemos cerrado la puerta del matadero humano y todos esos hombres vivirán todos, pueblo, hasta él.

Estas ideas que proclamábamos ayer las repetimos hoy y las repetiremos mañana, porque nosotros debemos anunciar la aurora de los tiempos futuros.

De la adversidad sombría habitada en las cimas, nosotros, los ausentes, que caminamos hacia el destierro a que nos envían; nosotros, los proscritos, los gérmenes del grande y espléndido porvenir que el Señor esparce sobre la familia humana, sentimos, llenos de inefable dulzura, unos brazos que nos estrechan y una mano que nos bendice.

II

Su propia reputación hace temblar esos bellacos; les hace creer que triunfásemos haríamos rodar sus cabezas; no comprenden que eso sería deshonrar al patíbulo y restablecer la cuchilla de la plaza de la Grève. Varios mártires, que iban al suplicio con el frente erguida, que eran justos y héroes, murieron en el cadalso sublimado: después que Carlota Corday y madame Roland pusieron el blanco cuello bajo la cuchilla, ¿tendría la pretensión Magnán de mancharla con su sangre impura? Donde ruge el león no debe gruñir el cerdo. Para Rouher, Fougère y Suin no es posible emplear el patíbulo de los Camilos y de los Vergnani. No puede morir Troplong como Malherbes, ni Delangle como Andrés Chénier. No se debe arrojar esas cabezas en un mismo cesto, ni poner en contacto a Dantón con Baroche. Tengamos

presente que ese imperio, en el que se mezcla lo atroz con lo burlesco, es una mojiganga, y que si nos ha arrancado lágrimas, también nos ha hecho reír. Bajo el pretexto de que ha cometido muchos crímenes y de que es tan asesino como farsante, subiría las gradas de esa plataforma horrible y sagrada siendo payaso, después de haber sido titanes Saint-Just y Robespierre; y la guillotina, después de cercenar la cabeza de Briareo, cortaría la cabeza de Arlequín. El cadalso es un sitio de triunfo siniestro; es la cumbre desde donde el mártir remonta el vuelo; su cuchilla es impotente para destruir la aureola; el cadalso es la sangrienta almena en la que se inclina el alma para ver la eternidad. Lo que necesitan esos criminales es el gorro verde, la chaquetilla de paño burdo, son los grilletes, son las prisiones de Brest, de Clairvaux y de Tolón; es arrastrar cadena, es el látigo, es el palo. Deben vivir apareados y sufriendo juntos la infamante condena. El patíbulo los rechaza. La muerte inclina al suelo sus ojos de virgen ante esos miserables.

Jersey, 1.º de agosto de 1853.

XII

PALABRAS DE UN CONSERVADOR A PROPÓSITO DE UN PERTURBADOR

¿Fué un sueño el mío? ¿estaba despierto? Juzgado.—Un hombre—¿era griego, judío, chino, turco o persa?—un miembro del partido del orden me decía con suma gravedad:—«La muerte jurídica que castiga a ese charlatán, a ese descarado anarquista, es justa. Es necesario que la autoridad y el orden se defiendan, y no puede permitirse que se le discuta. Además, las leyes se promulgan para que se cumplan. Existen verdades eternas que deben hacerse prevalecer, aun a costa del cadalso. Ese innovador predicaba una filosofía de amor, de progreso, de palabras hueras, de las que es preciso reñer; se reía de nuestro culto antiguo y venerando; era uno de esos hombres para los que nada es sagrado, y violó todo lo que el mundo respeta. Para inculcar sus doctrinas reunía en ciertos lugares a la hez del pueblo, a bribones matriculados, a descamisados, y con semejante canalla celebraba sus conciliábulos. Jamás se dirigía al hombre inteligente, ni al honrado, ni al rico, y sin consideraciones de ningún género extraviaba a las ma-

XI

Cuando el eunuco reinaba al lado del César, cuando Tiberio, Cayo y Nerón con su carro triunfal hollaban a Roma, que estaba más muerta que Babilonia, el poeta se apoderó de esos verdugos en su trono, y su Musa en versos llenos de vida les escupió a la cara. Tú, falso príncipe, primo de la débil Hortensia, hidalgo por tu mujer, almirante por tu madre, reinas por el 2 de Diciembre y vives por el 18 Brumario; pero has caído en manos de la Musa, y ahora, como